

# Consejos para encontrar ciudades perdidas

Mario Navarrete Hernández<sup>1</sup>

## ¿En verdad todavía hay ciudades perdidas?



Es la arqueología una actividad que se asocia frecuentemente a los resabios del Romanticismo heredado desde el siglo antepasado. El estereotipo más común del arqueólogo es el de un hombre entrado en años —bastantes años—, con uniforme de color caqui, *saracoff*, pipa y lentes, despistado para más señas, y gran amigo de las aventuras en las selvas, desiertos y páramos de países con nombres muy raros. Para su fortuna y precaria comodidad, siempre trota en un anticuado *jeep*, tan vetusto como él, y tan fundidos entre sí que casi pueden hablar el uno con el otro. Una de las aventuras más socorridas de estos personajes de novela es que siempre están a la búsqueda de una "ciudad perdida". Tan estereotipado es tal científico —porque se trata de un científico— que una gama de autores de toda clase de literatura y cine, radionovela y demás pasatiempos, alguna vez han abordado el estereotipo con mayor o menor éxito: desde Walt Disney, con el Pato Donald buscando las ciudades perdidas de Cibola, hasta el inefable Indiana Jones, con pistola y látigo para imponer sus opiniones científicas, sin olvidar a aquel Kalimán de los años sesenta, para quien la "paciencia y la serenidad" son las virtudes que todo lo resuelven. Pero, en fin, abordemos el tema.

Sí, por supuesto, pero contestaré de una manera práctica, como generalmente lo hago. Las ciudades son algo así como los organismos vivos, o mejor, como las colonias de organismos vivos. De hecho, son colonias de organismos vivos que se establecen y florecen gracias a condiciones que no están solamente determinadas por el medio ambiente, sino también por razones culturales; es más, quizá estas últimas sean las más importantes. Si únicamente fueran las condicionantes biológicas, poco hubieran proliferado las ciudades más allá de los trópicos debido a los climas fríos, puesto que el ser humano pertenece biológicamente a los climas templados. Son los recursos culturales los que permiten al hombre adaptarse a regiones que difícilmente podrían ser colonizadas "al natural"; sólo hay que pensar en el frío que hace en Nueva York, Rotterdam o Santiago de Chile, mucho menos tolerable sin abrigo que el calor de El Cairo, por ejemplo. En fin, estas colonias de organismos vivos "nacen, crecen, se reproducen y mueren", para utilizar el lugar común de las funciones vitales.

Pero, ¿qué es lo que hace nacer a una ciudad? ¿Cuáles son las características que debe tener un paraje para alojar una ciudad? Los economistas contestarían de una manera, los geógrafos de otra, los biólogos de una más, distinta a las anteriores, pero los antropólogos consideramos que todos esos factores conjuntados hacen posible el nacimiento de una ciudad.

Puede hablarse de dos orígenes: el geográfico-biológico y el económico-político. El primero de ellos se debe a lo inmediato que se hallen los recursos naturales, como lo plantea-

<sup>1</sup> Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana, Av. Xalapa 310, tel. y fax 2288-401231 y 2288-405915, correo electrónico: [navarrete\\_mario@hotmail.com](mailto:navarrete_mario@hotmail.com).

ban Chorley y Hagget en los años setenta, según la escuela inglesa de geografía de aquellos tiempos y que sigue siendo válida. El segundo, a una creación "por decreto" o planificada, que lo mismo se aplicó a Puebla que a Alejandría.

Una comunidad humana requiere para la supervivencia una larga lista de productos consumibles, y a medida que los aprovecha su población va creciendo. Se necesitan, por lo menos, recursos alimenticios (aún no estoy hablando de la agricultura), combustibles, agua, clima templado, sitios de refugio; con esto, comienza la división del trabajo más elemental: por edades y sexos. Conforme las relaciones interpersonales e interambientales se desarrollan, las cosas cambian. Los diversos aportes culturales empiezan a fluir hacia adentro y hacia afuera (la agricultura puede ser uno de ellos). Algunos se adoptan y se adaptan, pero otros se desechan. Si el sitio de asentamiento elegido por la comunidad es el apropiado, lo más seguro es que se convierta en ciudad a la vuelta del tiempo, con todas las características que ésta tiene, con sus ventajas y desventajas.

Vivir en las ciudades es cómodo y por eso se inventaron. Hay abasto de alimentos que se pueden adquirir en un mercado a cambio de ciertos valores establecidos, como el dinero o el trueque; hay abrigo y protección; hay, en teoría, dentro de la amplia gama de ocupaciones generada por la división del trabajo, empleo para todos los miembros de la comunidad; además, no hay que cultivar individualmente la tierra para obtener sus productos, ni ir a cazar para conseguir carne. Eso lo hace gente especializada. Cuando esto se cumple, la ciudad funciona dentro de un orden de jerarquías económicas, administrativas, religiosas... Se diría que la ciudad está en su etapa de madurez. La arquitectura es uniforme según la cultura y las necesidades, acorde con los gustos de la época

o de los gobernantes. Según pasa el tiempo, las ciudades pujantes se convierten en polos de atracción para la gente del *hinterland* (palabra dominguera con la que se designan los alrededores agrícolas o de abasto de las ciudades) y de más allá.

Como toda asociación biológica, cuando el equilibrio social, cultural o económico se rompe, a veces la ciudad se desgasta de manera paulatina y en ocasiones de modo rápido y tajante, dejando únicamente los vestigios de su existencia. Ejemplos de ello hay muchos en la historia, tan sólo para recorrer un poco el mundo véanse algunas de ellas: las ciudades bíblicas de Ur y Jericó, cuyas murallas abatieron los hebreos con el sonido de sus trompetas, Esmirna; Micenas y Efeso, Cartago y Troya, destruida gracias a la pasión de sus habitantes por las mujeres bellas y los caballos, en ese estricto orden. En América, yendo de norte a sur, la llamada ahora Cahokia, en San Luis Missouri; las siete ciudades de Cibola, fabulosas y soberbias —si es que existieron alguna vez—; Casas Grandes, Taos o las distintas "mesas". Ya en Mesoamérica, Teotihuacan, Cholula, El Tajín, Zempoala, Monte Albán, Palenque, Chichén Itzá y Copán. En el sur, Machu Pichu y Tiahuanaco. Todos estos son sitios arqueológicos más o menos ubicados y conocidos.

En su momento todas esas ciudades fueron importantes centros de población y sus habitantes gozaban de todas las comodidades y prestigio que les eran indispensables. Todas y cada una de ellas desaparecieron después, según los avatares de su propia historia y de su propia muerte; lo que a unas favoreció, a otras perjudicó, y no se puede decir que haya sido una sola causa universal la responsable de su ocaso, sino que fueron múltiples y diversas. Troya, por ejemplo, según cuentan los poemas homéricos, fue asolada por los griegos, mientras que Zempoala, de este lado del océano, como consecuencia de la conquista de México en el siglo XVI, por las enfermedades y, luego, por el abandono de la ciudad por los indígenas que la poblaban.

Hay ocasiones en que sobre las ruinas llega a vivir gente nueva, pero el sitio pierde toda relevancia social, económica, administrativa y todas aquellas características que le dieron la calidad de ciudad. ¡A veces pierde hasta el nombre! Para descubrir la ubicación de Troya tuvieron que buscar, en Hissarlik, una llanura cuyo nombre turco significa "El lugar de la fortaleza". En Veracruz, para indagar por Zempoala en 1900, había que preguntar por El Agostadero.

## ¿Cómo se hace para hallar una ciudad perdida?

El método científico procede en estos casos tanto *a priori* como *a posteriori*, en ocasiones con una buena dosis de intuición. Sí, escribí "intuición", no adivinación. La arqueología no es una ciencia exacta y requiere para la demostración de sus hipótesis de construcciones teóricas objetivas basadas en observaciones que, si bien no son del todo experimentales, pueden comprobarse por medio de datos históricos, geográficos, topográficos o estadísticos; también se necesitan exámenes de laboratorio de tipo físico y químico para llevar a cabo los análisis cuantitativos y cualitativos de los materiales hallados en los contextos arqueológicos o fuera de ellos. De ahí lo cuidadosas que tienen que ser las excavaciones.

Se procede *a priori* en el caso de que se sepa de antemano la ubicación de una ciudad desaparecida en una cierta región, o que esté mencionada en documentos históricos, leyendas o referencias orales. Así sucedió con Troya, cuando Heinrich Schliemann, siguiendo las indicaciones homéricas en *La Iliada*, elaboró en 1870 un mapa *a priori* de la región donde supuestamente debía haber estado la gran ciudad amurallada. Mucho de este mapa debió estar solamente en su cabeza (por eso hablé arriba de "intuición", ese *algo* que tanto ayuda a los investigadores). Las excavaciones arqueológicas comprobaron la hipótesis y el explorador pudo descubrir varias ciudades superpuestas de distintas épocas.

De la misma manera se hace en la actualidad, aunque quizá con un mayor auxilio de la tecnología. Ahora se cuenta con la posibilidad de sobrevolar los sitios en estudio para tomar fotografías de las áreas oblicuas; incluso se pueden solicitar mapas editados por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), en el caso de México, mapas en los cuales se aprecian sitios que pueden ser arqueológicos y que, por lo tanto, deben verificarse. También existen —para el llamado Horizonte Posclásico, principalmente— documentos escritos con referencias continuadas hasta la época de la colonización española; sobre todo hay documentación abundante sobre lugares poblados —y despoblados también— que es muy valiosa para poder localizar centros de población extraviados y que sirve para tejer mapas de geografías antiguas.

Un caso de éstos es el hallazgo de la localización precisa de la pequeña ciudad de Huitzilapan, definitivamente perdida después de

que en 1963 le pasó por encima un *bulldozer*. La historia oral regional de La Antigua, Veracruz, hablaba hasta hace unos treinta años de la existencia de un lugar indígena llamado Huitzilapan, que quién sabe si había tomado su nombre del río que pasó por ahí —el río de La Antigua—, o si el río se llama así por pasar junto a la ciudad. Las construcciones más primitivas de la ciudad española aún están a la vista: hay una iglesia pequeña que todavía funciona como tal, las ruinas de un edificio civil —posiblemente la aduana— y muchos materiales arqueológicos regados por toda la superficie de la actual población que hacen suponer la existencia de una ciudad del siglo XVI. Las noticias históricas cubren la mayor parte de ese siglo con copiosa documentación respecto de la ciudad española, pero hay realmente muy poca en cuanto a la ciudad indígena. La primera mención de la ciudad indígena la hace Bernal Díaz del Castillo cuando dice:

Y yendo costa a costa, acuérdome que se mató un gran pescado, que le echó la mar en la costa en seco, y llegamos a un río donde está poblada ahora la Veracruz, y venía algo hondo; y con unas canoas quebradas que son como artesas, y a nado y en balsas, pasamos. Y de aquella parte del río estaban unos pueblos sujetos a otro gran pueblo que se decía Cempoal...

Por la parte indígena, el conocido Lienzo de Tlaxcala ofrece la versión nativa del zafarrancho ocurrido en Zempoala entre la gente de Hernán Cortés y la de Pánfilo de Narváez, el que equivocadamente supone ocurrido en Huitzilapan. El Códice Nutall ilustra un bello jeroglífico que puede ser leído como "Huitzilapan", según el profesor José Luis Melgarejo Vivanco. Hasta ahí los datos *a priori* están completos. Se sabía que existió una ciudad indígena anterior al asentamiento español, pero ahora viene la pregunta: ¿dónde está la ciudad indígena?

En aquel tiempo (1970) hubo que proceder analizando mapas detallados de la región —detallados hasta donde era posible— y recorriendo la

margen norte del río, desde su desembocadura actual hasta el asentamiento moderno. Las fotografías aéreas resultaron ser inútiles por la cantidad de vegetación alta de la región, además de que la arena cubre las cosas con mayor celo que el agua, y uno de los problemas para encontrar las ruinas de Huitzilapan era que debían estar cubiertas totalmente por aquella, debido a la proximidad de las medaneras. A pesar de todo se localizaron y exploraron, aunque lamentablemente habían sido devastadas para dar paso a un oleoducto o algo así. Se les ubicó por medio de recorridos de superficie durante los cuales se encontraron restos arquitectónicos derruidos. El trabajo *a posteriori* consistió en corroborar mediante el análisis de los artefactos obtenidos, de la arquitectura encontrada y de los estudios topográficos, que se trataba efectivamente de un asentamiento indígena prehispánico, seguramente la desaparecida Huitzilapan.

## ¿Qué es lo que se busca en las ciudades perdidas?

Se buscan muchas cosas. El arqueólogo es el científico que indaga sobre el modo en que vivieron los hombres del pasado a través de los restos de la cultura material que pueda encontrar. La idea de hallar "objetos" —o como decimos los arqueólogos que seguimos aún las viejas enseñanzas de Gordon Childe: "artefactos"—, es entender cómo resolvieron esos hombres el problema de adaptarse al ambiente y cómo lo transformaron para su conveniencia. Así, son los arqueólogos, quienes pueden decir cuándo empezaron a construirse ciudades, cuándo comenzaron a domesticar los animales y plantas, cuándo principió la escritura de su historia... Se busca el cacharro no a la manera en que lo hace un anticuario, o sea, para poseer un objeto decorativo bonito o antiguo, sino para saber por medio de él los logros que tenían los habitantes en la tecnología del

uso del fuego, de los colores y de las formas, así como de su metalurgia, agricultura y, luego, de los refinados campos del arte y la religión.

Cuando despuntan la escultura y la pintura, al principio muy rudimentarias, tienen ya la frescura de una creación prístina, espontánea, plenas de las características que el arte debe tener: dominio de la técnica, de la forma, del mensaje. Al comienzo, el refugio comunal del hombre era el abrigo rocoso ocasional, a veces compartido o disputado a los animales. Poco a poco se cambió el sistema trashumante de la recolección y la cacería por el más cómodo y seguro de la horticultura —antes que la agricultura— y la domesticación de animales. Se abandonó la cueva-refugio y se iniciaron los asentamientos humanos próximos a los ríos y a las fuentes de combustible.

Construyendo al principio chozas, con el tiempo se llegó a la erección de monumentos-templo, y de ahí a la expresión arquitectónica. La arquitectura es, desde este punto de vista, el compendio de conocimientos que permiten organizar a un grupo de personas en tareas específicas para llevar a cabo la construcción de un edificio en el que se manifiestan los patrones culturales del pueblo que lo levanta, el cual satisface así sus necesidades espirituales y materiales. No lo sé, pero en mucho se parece al arte de la guerra; no en vano cuando los pueblos se erigen como grandes constructores, también se constituyen como grandes conquistadores.

Así, una de las finalidades de encontrar ciudades perdidas es la de interpretar su arquitectura expuesta —en el estado en que se encuentre— para establecer pautas con lo poco que se pueda ver y ordenar; en consecuencia, es posible verificar la extensión de una cultura estudiando sus estilos arquitectónicos, su cerámica, su escultura... Mientras el arqueólogo observa por fin los montones de piedras que atestiguan la silenciosa presencia de lo que fue un palacio, un edificio para el sagrado juego de la pelota, una fortaleza, un templo, viene a su memoria aquella estrofa del himno nacional mexicano, que cobra aquí pleno sentido cuando dice el poeta: "...y sus ruinas existan diciendo: 'De mil héroes la Patria aquí fue'".

### Para el lector interesado:

- Childe, V. G. (1958). *Reconstruyendo el pasado*. México: UNAM.  
———. (1972). *Introducción a la arqueología*. Barcelona: Ariel.  
Chorley, R. y Haget, P. (1971). *La geografía y los modelos socioeconómicos*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración.